

más que la pasión é intransigencia de partido hayan pretendido otra cosa, que en la intervención y en el establecimiento del gobierno monárquico, fué siempre el bien de la Patria el que guió á sus autores, y que si intentaron semejante fundación, á ello se vieron obligados, á falta de otros medios, por el estado desastroso é insoportable á que había llegado el país, después de una no interrumpida serie de revoluciones.

Pues tal era la situación en que se encontraba México cuando llegó el Padre Soler á la capital, llamado de la Habana para desempeñar el cargo de Vicerrector en el Colegio Nacional de San Ildefonso, por nombramiento expreso que en su persona hizo la Regencia. Acompañábale el Padre Barragán, nombrado á su vez Prefecto del Colegio Menor y profesor de latín.

Puesta la dirección ó rectorado de dicho establecimiento en manos del Padre Arrillaga, y llamados á desempeñar diversas clases en él, los Padres Mario Cavaliere que estaba en la Habana, Terán, Velasco y Espinosa que ya habían concluído sus estudios y recibido el sacerdocio en España, de donde se les trajo, debió el Padre Soler haberse instalado desde luego, á su llegada, en el citado Colegio; pero no lo hizo así, como tampoco el Padre Rector que se hallaba en la capital, ni los demás profesores cuando arribaron á ella, á causa de que las tropas francesas lo tenían ocupado. En espera de que se hallara libre el edificio, no fué sino á fines de Febrero del siguiente año de.... 1864, cuando se trasladaron á él los nuevos encargados y dieron principio á los cursos.

La experiencia del Padre Soler, su prudencia y recto juicio, fueron de grande utilidad al Padre Arrillaga para el régimen del colegio; pues aunque la sabiduría de éste último era notoria y de todos reconocida, la verdad es que nunca había tenido gran práctica en esto, añadiéndose á ello, el que por su avanzada edad no estaba ya en condiciones de entenderse en los menudos pormenores que exigía una casa de educación de la importancia de San Ildefonso. Así lo reconoció este mismo Padre al pedir á la Regencia que se nombrara Vicerrector al Padre Soler, y así fué como desde el principio quedó el colegio bien organizado, y se conservó perfectamente en él la disciplina durante el corto tiempo que estuvo en manos de la Compañía.

Dispuestas las cosas de este modo y abiertos los cursos, vióse muy frecuentado dicho plantel por numerosos jóvenes de las principales familias de la capital y departamentos, como aconteció años atrás con el de San Gregorio, y no fueron pocos los frutos que se obtuvieron, tanto en lo que mira á la educación civil y religiosa, como en lo tocante á la ciencia. El P. Soler, fuera del régimen inmediato del establecimiento que le tocaba como Vicerrector, se hizo cargo de la clase de Derecho Natural, correspondiente al primer año de Jurisprudencia. Su enseñanza se distinguió por lo clara, precisa y metódica, y tuvo entre sus discípulos á los Sres. Lics. Don Genaro Raigosa, de cuya aplicación y talento siempre hizo elogios, Don José Algara que murió siendo Subsecretario de Relaciones, y Don Justo Sierra, actual Ministro de Instrucción Pública. Es este tiempo estudiaban filosofía en el mismo Colegio con muy notable aprovechamiento, al decir del mismo Padre, los Señores Lics. Don Emilio Pardo (jr.) y Don Pablo Macedo, ventajosamente conocidos en el Foro, y no menos por los diversos cargos públicos y comisiones que han desempeñado. ¡Lástima que algunos de estos alumnos y otros varios, se dejaran llevar después por la corriente de erróneas y funestas doctrinas que nos han invadido, y de que ha llegado á ser foco y semillero el mismo citado establecimiento.

Al propio tiempo que el Padre Soler se dedicaba á estas labores, pudo enterarse de los primeros pasos del Imperio, y por razón de su cargo, conocer á muchas de las familias y personas que en ese tiempo figuraban. Comenzó á ser consultado en negocios arduos de conciencia, y á ser tenido en grande aprecio por el acierto de sus decisiones y seguridad de sus consejos. El mismo Padre Arrillaga, que gozaba de grande prestigio y autoridad en esta materia, hacía mucha estima del Padre Soler por lo que hace á este respecto. Ni dejó de ejercer entre tanto algunos otros ministerios; pues según tenemos entendido, tomó parte en una misión muy fructuosa que por ese tiempo se dió en la iglesia de Loreto.

Decíamos que pudo enterarse de los primeros pasos del Imperio; porque con el trato que cultivó con varios personajes de esta época, con la asistencia á algunas solemnidades y actos

del mismo á que se halló presente y con el conocimiento que tenía de los hombres de ambos partidos, á muchos de los cuales había contemplado de cerca, comprendió desde luego, que aquel gobierno ni llevaba buen camino, ni con mucho era el que había de salvar al país de la ruina que le amenazaba. En esta opinión vino á confirmarse del todo, cuando vió que los miembros más distinguidos del partido liberal fueron llamados al poder, y observó la manera poco decorosa é inconveniente con que fué tratado después Monseñor Meglia, Nuncio de Su Santidad, que lo puso en el caso de retirarse después de una corta permanencia en la capital.

Las apreciaciones del Padre Soler no eran vanas ni infundadas, y él mismo con los suyos tuvo á poco prueba de ello. Sucedió, pues, que terminado el curso de 1864 sin tropiezo alguno, y una vez que se dió principio al siguiente de 1865, comenzó á notarse cierta animosidad de parte del gobierno imperial. El Ministro de Instrucción Pública, Lic. Don Manuel Siliceo, bien conocido por sus ideas avanzadas, se mostró serio y reservado en algunas de las visitas que hizo al Colegio, y en las comunicaciones que cruzó con el Padre Arrillaga algún tanto desabrido y poco deferente. Se vió desde luego que el Emperador, ó lo que es más probable, su ministerio, no miraba con buenos ojos ni le era nada grato que el más importante plantel de educación del Estado se hallase en manos de los Jesuítas. Ni fué preciso más. Como la Compañía ni había solicitado que se confiara á sus cuidados tal Instituto, ni tenía grande empeño en conservarlo, apenas fué conocida esa mala disposición, el Padre Arrillaga, (1) el Padre Soler y los demás jesuítas que allí había, presentaron su renuncia.

No se hizo esperar el Ministro. Tan pronto como recibió los oficios en que se le comunicaba la resolución de los Padres, ac-

(1) Se ha suscitado la duda acerca de la renuncia de este Padre; porque en la comunicación del Ministerio de Instrucción Pública que se le dirigió para la entrega del Colegio, se dice que *se le exonera* del cargo de Rector. Si realmente renunció, debe haberlo hecho con mucha anterioridad, en los primeros meses del año, y en todo caso, subsisten siempre las causas aquí alegadas, que mediaron en la substitución que se hizo de Rector.

cediendo á ella y sin vacilar, hizo que el Padre Arrillaga entregara la dirección y gobierno que se le había confiado, al nuevo Rector, Lic. D. Francisco Artigas, y que entraran á desempeñar los otros cargos las demás personas que para ello fueron designadas. A consecuencia de esta resolución, cesaron en los suyos dicho Padre y los Padres Soler y Barragán, abandonando el primero desde luego el Colegio. Mas como estos cambios se efectuaron por el mes de Agosto cuando se hallaban casi al fin de los estudios, el Padre Soler y los demás Padres que regenteaban algunas clases, por deferencia á los alumnos y súplica que se les hizo, permanecieron allí explicando las materias que habían comenzado, hasta el fin del curso, ó sea fin del año de 1865.

Así fué como concluyó la breve estancia del Padre Soler en el Colegio Imperial de San Ildefonso, que por otra parte, no debe considerarse sino como el principio de los rectorados que después se le confiaron y en que empleó lo más florido é importante de su vida.

Desde el momento en que los Padres Jesuítas presentaron su renuncia al gobierno imperial de Maximiliano, determinaron fundar un colegio propio, con el fin de satisfacer los deseos de la sociedad mexicana y de los padres de familia, que lo pedían con instancia y habían manifestado ser de su agrado en los dos cortos períodos que permanecieron aquellos en los colegios de San Gregorio y San Ildefonso. Tomaron, al efecto, en arrendamiento una casa situada en San Cosme, entre la conocida con el nombre de Mascarones y la del Sr. Alamán que ahora ocupa el Colegio del Sagrado Corazón, y trasladados á ella los Padres Soler, Velasco, Espinosa y Barragán, dieron principio á los cursos en el mes de Enero de 1866. El primero de dichos Padres fué nombrado Rector, y los demás se distribuyeron las clases y vigilancia.

Nada de particular ocurrió durante el año, que fué el tiempo que duró este colegio, como después veremos. Frecuentado por los alumnos que habían acudido á San Ildefonso en consideración á los Padres de la Compañía de Jesús, y establecido en todo según el régimen que esta misma acostumbra, llamó grandemente la atención por el orden y disciplina que lo infor-

maba, y por el agrado con que los alumnos seguían los estudios y estima que hacían de dichos Padres. Era un colegio incipiente, improvisado, por decirlo así, pues ni el local ni el número de profesores con que se contaba, podían bastar para dar mayor ensanche á la enseñanza, y, sin embargo, se vió muy concurrido y se dieron en él las clases correspondientes á los cursos preparatorios, en el número que requerían los alumnos inscritos.

El Padre Soler manifestó en esta vez, de un modo bien marcado, que poseía el don de gobierno. Porque si son graves las dificultades que ofrece todo colegio por sí mismo, son aún mayores las del que se empieza á formar con reducidos elementos, á la par que con un cuerpo de alumnos que, llegados en su mayor parte de otro colegio, deben cursar diversas y variadas asignaturas; y á pesar de ello, dicho Padre no tuvo dificultad alguna en manejar el naciente instituto, que se hallaba en tal caso, con todo acierto desde el principio. Así lo persuade el hecho de que él mismo, en compañía del Padre Espinosa, pudo consagrarse en la cuaresma del mismo año á dar dos laboriosas misiones en la iglesia de San Andrés.

Fué en esta ocasión cuando se dió á conocer el Padre Soler en el púlpito, y por cierto que con tanto aplauso como provecho. Sin que pudiera decirse que era un orador de alto vuelo, ni que ornara su predicación con frases de aparato, pues su estilo, si bien correcto, era conciso y sencillo, tenían mucha profundidad sus pensamientos y sus sentencias grande peso. Bien ordenados los discursos y expuestos con claridad, trayendo textos de lo más oportunos, y haciendo comparaciones muy propias, dejaba seriamente impresionado á su auditorio y persuadido, sin réplica, de las verdades que tomaba á su cargo demostrar. Cualquiera al escucharle comprendía desde luego, que el que de tal modo hablaba, no podía menos que haber profundizado la materia por medio de la meditación y el estudio, hasta adquirir el más sólido convencimiento de ella, y que la dominaba por completo. Y decimos esto con fundamento, porque no pocas veces tuvimos la suerte de formar parte de su auditorio en ejercicios, sermones y panegíricos, y siempre dejó en nosotros esa impresión, y fuimos testigos de que en personas

ilustradas hicieron sus conceptos tan honda huella que nunca más se borró, y en todas depositaron simiente de copiosos y sazonados frutos. En estas mismas misiones ó ejercicios públicos que dió en San Andrés, fué muy celebrado y se captó la admiración del escogido concurso, que llenando la nave del templo, acudía presuroso á recoger las sabias enseñanzas que de sus labios brotaban.

Durante el citado año de 1866, y al desenvolverse los sucesos que llevamos narrados, había comenzado á ofuscarse la estrella del Imperio, caminando á su ocaso. El desaliento y la desconfianza comenzaron á sentirse, como era natural, por todas partes, y los que habían contribuído á la fundación de aquél, ó auxiliádola en alguna manera, pensaron que debían tomar sus precauciones, temerosos de que el partido republicano, á cuya cabeza había permanecido siempre Juárez sin dejarse vencer ni por la persecución ni por los halagos, vuelto al poder se entregara á graves excesos y quisiese tomar venganza de sus contrarios, como había sucedido siempre entre nosotros. El Ilmo. señor Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida, á pesar de que había procedido en este negocio con toda lealtad, dando á Maximiliano su opinión desde que se hallaba en Miramar, sobre la inconveniencia de fundar un Imperio en México, y de haber sido víctima, desde que vino á tomar posesión del puesto que le estaba destinado en la Regencia, de grandes decepciones é inconsecuencias, á causa de su entereza y modo recto de proceder; fué uno de los que con más previsión y oportunidad se dispusieron á evitar el peligro. Salió de México con el ejército francés en Febrero de 1867; pero antes y con bastante anticipación, quiso dejar arreglados los asuntos del gobierno de su arquidiócesis, y fijándose, entre otras cosas, en el Seminario, por el que había mostrado siempre marcado interés, lo puso en manos de los Jesuítas, comprometiendo á la Compañía á que dejara el Colegio de San Cosme, una vez concluídos los cursos del año de 1866, y se hiciera cargo de dicho plantel al comenzar el de 1867.

Con grande pena y resistiéndolo mucho, aceptaron tal encargo los Padres citados. El Padre Soler, sobre todo, hizo ver al Sr. Labastida los inconvenientes que ofrecía esta determina-

ción, tanto para la Compañía, que quedaba privada de su nacimiento y ya acreditado colegio y más expuesta á la persecución, como para el clero de la arquidiócesis, que no podría menos que sentirse agraviado al tener que resignar la dirección de un plantel tan importante y que por tantos años había estado á su cargo. Pero no valió ninguna observación para hacer desistir al Prelado de su empeño: había resuelto dejar en manos de la Compañía este Instituto, y no hubo modo de persuadirle lo contrario. Los Padres Jesuítas, que siempre merecieron al Sr. Labastida grande consideración y estima, tuvieron al fin que ceder á sus instancias, y abandonando el Colegio de San Cosme, se trasladaron al Seminario en los primeros días de Enero de 1867.

Quizá el señor Arzobispo Labastida tomó esta determinación, por haber visto y observado en Europa los colegios que tiene la Compañía, pues siempre los visitó y aun pasó en ellos algunos días durante su destierro, ó porque de esta manera creyó quedar más tranquilo al tener que apartarse de México y prever la caída del Imperio, ó bien porque esperaba que con tal cambio se reanimarían las vocaciones eclesiásticas, que desde el triunfo de la revolución de Ayutla y establecimiento de las leyes de Reforma habían decaído notablemente. Mas sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que constituido el colegio bajo el rectorado del Padre Soler, contó el Seminario en este año de 67, con todos los alumnos que le pertenecían y con los del colegio de San Cosme, que no vacilaron en seguir á sus maestros. Las prefecturas del colegio mayor y menor se pusieron en manos de los Padres Velasco y Barragán, y la mayor parte de las clases, salvo las que estos dos Padres tomaron á su cargo, quedaron en manos de los que anteriormente las regentaban.

Como era natural, la fusión de dos colegios con sus profesores y alumnos, así como la separación de algunos de los primeros, que perteneciendo al Seminario, miraban con disgusto el cambio operado, no pudieron llevarse á cabo sin alguna dificultad. Hubo, pues, quienes se mostraron ofendidos, como lo había previsto con su buen juicio el Padre Soler dándoles la razón; mas la prudencia de este Padre, el modo tan acertado de ver las co-

sas que tanto le distinguía, las consideraciones que siempre guardaba á todos, y especialmente la rectitud que nunca dejó de observar en sus actos y apreciaciones, moderaron todo desasosiego, y evitando el más mínimo choque, muy pronto le conciliaron todas las voluntades. Mucha habilidad mostró en esto el nuevo Rector, porque siendo tan desfavorables las circunstancias en que se hallaba el colegio, no sólo consiguió que apenas se diera nadie cuenta de la más pequeña dificultad, sino también que desde el primer día en nada se resintiese la disciplina del establecimiento.

Mayor fué todavía el trabajo que se siguió con el sitio que puso á la capital en este tiempo el actual Presidente, General D. Porfirio Díaz, y que estuvo á punto de obligar á los Padres á clausurar el colegio cuando apenas llevaban pocos meses de empezados los cursos. Tal hecho, en efecto, causó no poca dificultad; pues, como se sabe, llegado á menos el Imperio en pocos días, é invadidos sus dominios por las fuerzas republicanas á consecuencia de la retirada del ejército francés y derrota en San Jacinto del general imperialista D. Miguel Miramón, tuvo que encerrarse el Emperador Maximiliano con sus valientes y denodados generales y el grueso de su ejército, en Querétaro; y enviado de esta plaza á la capital el general D. Leonardo Márquez para hacerse de recursos, como determinara pasar á Puebla y en el camino sufriese terrible descalabro, cerca de San Lorenzo, se siguió al punto el asedio de México, durante el cual escasearon notablemente los víveres y comestibles. No fué esto, sin embargo, obstáculo para que todo continuara en el colegio como de ordinario: se hicieron á tiempo las provisiones que fué posible, y después, valiéndose el P. Soler de sus amigos é influencias, consiguió que ni un solo día faltara lo necesario, ni sufrieran los alumnos incomodidad alguna ó descontento. Grande fué la prueba por que pasaron en estos días el nuevo Rector y encargados del Seminario; pero mayor el esfuerzo y los recursos de que se valió el segundo para salir avante de ella y continuar imperturbable su gobierno.

Establecido de este modo y con tales principios el nuevo régimen á que se sujetó el referido Instituto, fué adquiriendo éste, en los años siguientes, nuevos profesores de la Compañía,

á cambio de los antiguos que preferían otras ocupaciones á la del magisterio, y así continuó por varios años, sin ninguna dificultad, y siempre frecuentado por un buen número de escogidos y aplicados alumnos.

III.

Derrocado el Imperio y abatido con él por completo el partido conservador, todo auguraba que en el nuevo orden de cosas iba á remitir la persecución religiosa y entrábamos en una época de cierta tranquilidad. El Presidente D. Benito Juárez se había negado, con la constancia que le era característica, á repetir los excesos del año de 1861, desterrando de nuevo á los obispos, destituyendo á las Hermanas de la Caridad de los establecimientos de beneficencia que tenían á su cargo, y llevando á efecto otros actos de opresión y de intolerancia con que le urgían los francmasones y demagogos de su partido. Parece que el Presidente, que había sido instrumento, é instrumento muy apto de unos y otros para llevar á cabo la llamada Reforma; á saber: la supresión de los fueros eclesiásticos, la extinción de los conventos y el despojo de los bienes de la Iglesia, se había propuesto no seguir adelante, y contento con lo hecho, establecer un régimen de tolerancia y conceder ciertas franquicias á los vencidos, que les hiciera menos dura la situación á que se les había reducido. Así lo persuade la negativa expresada, con los hechos de haber propuesto en el Congreso el voto del clero, de haber concedido al Señor Labastida su regreso al país, y de haber comenzado á llamar á los puestos públicos á personas de ideas moderadas y aun ajenas enteramente al partido reformista.

Bajo tales auspicios, nada tiene de extraño que los Padres del Seminario se entregaran confiados á sus labores, y no pensarán más que en servir á la Iglesia y mejorar las condiciones del Instituto que se había puesto en sus manos. A este efecto, el P. Soler juzgó conveniente llenar el vacío que había quedado con la supresión de la antigua Universidad Nacional y Pontificia, estableciendo en aquél, una, que, aunque limitada al segundo carácter, sirviese al clero para la colación de grados

académicos, y aun llegó á obtener el Breve de erección, que si no se ejecutó desde luego, fué únicamente por los acontecimientos que sobrevinieron. Tomó también á su cargo, en los primeros años de su rectorado, la clase de Teología; fundó después una Academia de literatura, que él presidía; y suplió por algún tiempo las cátedras de Derecho civil y canónico. Y como si tanto trabajo, desempeñado con grande acierto, no bastara á su afán y actividad, predicaba algunas veces, confesaba á varias damas de la buena sociedad y á muchos y distinguidos caballeros que solicitaban su dirección, respondía á numerosas consultas que se le hacían en los más arduos negocios, é impuesto del movimiento religioso, político y literario de aquel tiempo, que hacía muy grata é instructiva su conversación siempre que recaía sobre él, no desdenaba el trato de varias y conocidas familias de la capital, en quienes nunca perdía oportunidad de hacer bien, y que, estimando en mucho su saber y virtudes, le mostraron siempre grande respeto y consideración.

Fué durante este período de tiempo cuando se dió igualmente á conocer el Padre Soler como escritor, ó mejor dicho, cuando escribió algunos opúsculos, pues no quizo que apareciera su nombre en los dos trabajos de que tenemos noticia. Sucedió, pues, por el año de 1868, que el Padre Fray Manuel Aguas, religioso dominico, exclaustro, hizo apostasía de la fe y de su religión con grande escándalo, publicando en hoja suelta una carta en que negaba la confesión auricular y la transustanciación. Se declaraba en ella luterano y hacía gran alarde de los motivos que le habían movido á dar semejante paso, como para satisfacer al público; pero más bien, según se echaba de ver, con el designio de justificar los funestos errores que había abrazado.

No se hicieron esperar mucho, como era natural, la sentencia de excomunión que pronunció el Ordinario y se fijo en tablillas en las puertas de las iglesias, y las censuras que publicó también el Superior de su Orden. A esto hay que agregar la impugnación que en grueso cuaderno circuló profusamente en la capital, impreso en las oficinas del periódico «La Voz de México,» con este título: *Refutación del Padre Aguas, por un Sacerdote Católico*, y que ocultando su nombre había escrito el Pa-